

15-M: ¿son diferentes?

¿Por qué es tan difícil construir y tan fácil destruir? ¿Por qué el enfado y la desesperación buscan consuelo en la destrucción y no en la edificación? ¿Por qué una simple mancha afea todo el decorado, mientras que un bello gesto entre un tumulto precisa del detalle y la contemplación sin que nunca llegue a dominar el cuadro?

La predisposición humana a encasillar nos hace decir que “todos los políticos son iguales” y nos importa un carajo lo que piensen de dicha afirmación los catalogados. Pero, si ahora decidimos concluir que todos “los indignados son iguales”, ¿qué dirían de esta afirmación los encasillados?

Estamos acostumbrados a opinar, a condenar, a pontificar sobre el prójimo con una naturalidad, que somos capaces de reducirlo, como sujeto de estudio, a objeto: es el sumidero que absorberá toda mi mala leche, de tal modo que, cargando con todo el peso de mi sentencia, me hará sentir estupendamente; y sin cargo de conciencia, sin corresponsabilidad en los hechos que condeno.

Si para algo han servido los acontecimientos violentos protagonizados por indignados contra representantes legítimos del pueblo, donde se pretendía impedir a éstos el acceso a los templos de la democracia, es una prueba más de que es imprescindible el ejercicio responsable de la crítica: una crítica que deja al crítico “en el mismo sitio” no cumple su misión.

Viendo algunas de las caras que gritaban desaforadas, a menos de un palmo del rostro del voceado, me pregunto cuál era su objetivo. Si en tal estado de tensión te pones a pedir explicaciones, ¿qué estás esperando? ¿Explicaciones?

El bochorno del espectáculo no se podrá si no que resolver con la carga de todo el peso de la ley sobre estos energúmenos. Estos seres humanos, que aunque nos joda son también de nuestra manada, deben comprender que limitar el ejercicio de la representación democrática no se lo podemos permitir a ningún fascista, por muy disfrazado de indignado que se ponga.

Estos imbéciles han demostrado la tesis que hace años leí que mantenía el sociólogo italiano Carlo M. Cipolla (ojo: los italianos pronuncian sólo una “l”, luego no procede chiste), la cual rezaba, más o menos, así: “existe una constante universal, llamada imbecilidad humana, que tiene dos propiedades fundamentales: la primera, que es mucho más elevada de lo que inicialmente se pueda llegar a suponer; y, la segunda, que es independiente –por eso es constante, añado yo- del grupo humano en el que hagamos el estudio”. Sois otro argumento para los creacionistas: el ser humano, en seres de tal comportamiento, no puede ser sino ajeno a la evolución.

Fecha: 5/07/11

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL